

Viernes 17 de octubre de 1980

DOCTOR LAING

A lo largo del pasado mes de septiembre ha tenido lugar en el Monasterio de Piedra la Conferencia Internacional de Verano. Esta conferencia, organizada por Forum y la Asociación Europea de Psicología Humanística, llevaba por título genérico «La psicoterapia del futuro», y por intención, la de dar luz al tratamiento de las enfermedades sociales de nuestro tiempo.

Las conversaciones reunieron a un fragmentado elenco de especialistas de renombre mundial que, desde distintos ángulos y campos, están en parecido empeño y línea ideológica. Así, había allí filósofos como el vienés Keyserling, físicos atómicos como Capra, teólogos como Rollo May, profesores de Ikido, psicólogos, psiquiatras y nombres tan controvertidos como el de Ronald Laing.

La reciente muerte de Gregory Bateson, antropólogo y etnólogo de la Universidad de California, y conocido principalmente por su contribución a la teoría del doble vínculo, había creado en la conferencia

rica, y los de todo el mundo, caen bajo el control de una maquinaria burocrática médica muy poderosa y tecnificada.

No es lo que sucede en España, pero, por ejemplo, en Gran Bretaña resulta casi totalmente imposible morir en el propio hogar. Se espera que vaya uno a morir al hospital, y si estás a punto de morirte, lo más probable es que no te digan que te vas a morir; te dirán que todo marcha bien y se te drogará para que olvides lo que ocurre. Así pues, más del 95 por 100 de los niños nacen en los hospitales, y en los casos de primerizas la proporción es aún mayor, lo quiera la madre o no, y en los hospitales se las somete a algo más que a un parto natural: podría considerarse como una extracción quirúrgica de un tumor del cuerpo. Nazca el niño por el conducto vaginal o por la pared abdominal, el acontecimiento tiene la misma semejanza con un parto como lo puede tener la concepción por inseminación artificial con la concepción que ocurra de la unión sexual.

Y cuando alguien siente un malestar agudo extremo, automáticamente se considera el hecho como una enfermedad, y como tal, todo el cuerpo de



"Los antipsiquiatras son ellos"

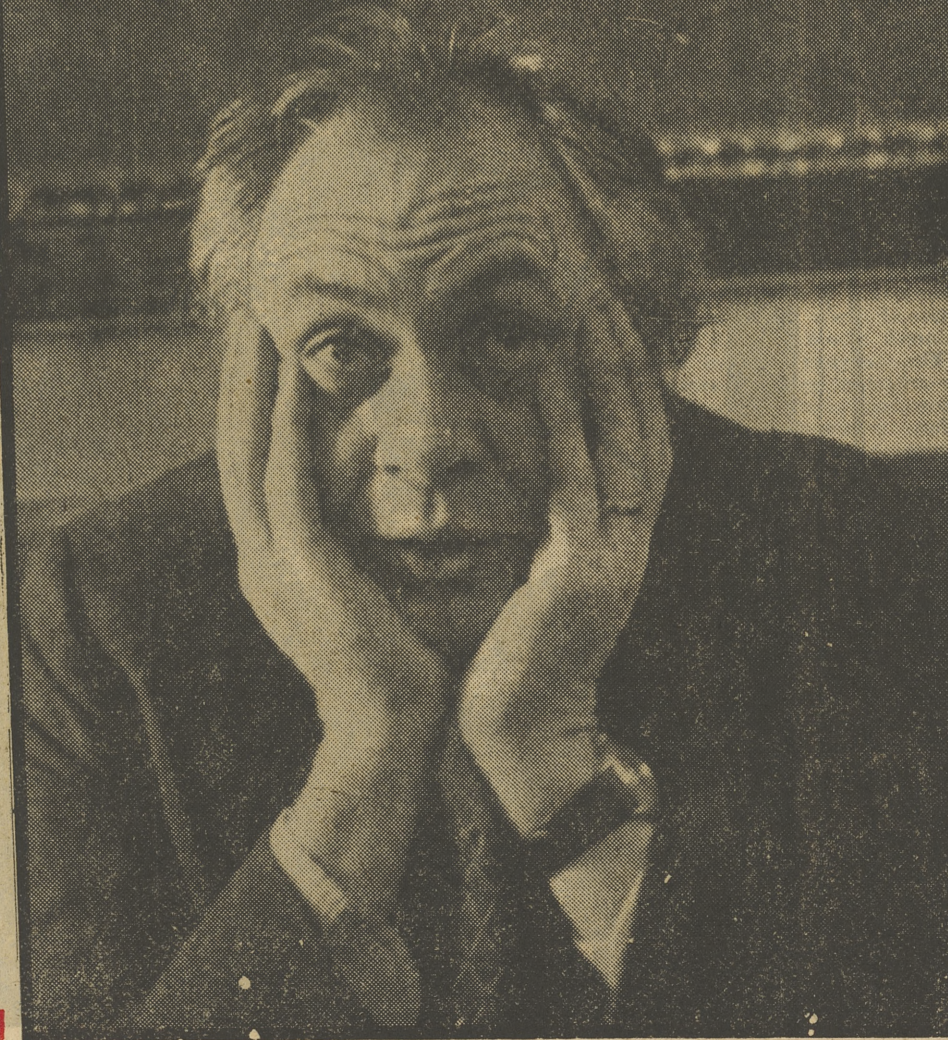
un cierto tono depresivo que fue remitiendo lentamente, por fortuna para todos.

Lo único que se sabía de Laing es que hacía su vida y, eso sí, que por las noches tocaba el piano en una de las salas del monasterio. No fue fácil conseguir que se prestara a la entrevista que solicité. Por fin, pudimos sentarlo entre Poveda de Agustín, psiquiatra y profesor de la Autónoma, y yo, y sostuvimos el siguiente diálogo:

—Doctor Laing, ¿qué hay de nuevo en sus ideas?

—En los últimos años me he ido haciendo más sensible a la manera en que todas las partes del ciclo de nuestra vida, desde la concepción hasta la muerte, y a medida de que los países más desarrollados de Europa y de Amé-

son ellos"



la persona cae bajo el control completo y observación de personas que tienen atribuciones para hacer, más o menos, lo que quieran, y lo mismo sucede con la mente. Si los pensamientos y sentimientos se desbordan, si les disgustan a otras gentes y los consideran indeseables, existen personas llamadas psiquiatras a quienes la sociedad da poderes para que eliminen esas manifestaciones, quíerese o no, por métodos que son tan bárbaros como, podríamos decir, aquellos que aplicaba la Inquisición española en la antigüedad.

—¿Cuáles son los temas de esta conferencia que más le preocupan?

—Uno de los temas de esta conferencia es la preocupación por la evolución cultural, y me gustaría comenzar dando un vistazo a la evolución de nuestra cultura y nuestra civilización durante los últimos dos mil o dos mil quinientos años. Si se hace esto,

"Estoy en contra de la psiquiatría tradicional porque llenan a la gente de drogas y les chupan la savia con electricidad"

"Tratamos a nuestros pacientes mentales exactamente igual que los rusos tratan a sus disidentes"



DOCTOR LAING



*"Los países
desarrollados someten
a sus ciudadanos*

*al deshumanizado control de una
maquinaria médica poderosa
y tecnificada"*

aunque sea de una manera muy sumaria, es imposible no apercebirse de la notable disparidad existente entre el desarrollo del poder intelectual (conocimiento técnico y capacidad técnica), por una parte, y la sabiduría (la espiritualidad y la ética), por otra parte. El conocimiento científico y tecnológico han crecido exponencialmente desde que los griegos se embarcaron en la aventura científica en el siglo VI a. de C., más o menos. Durante estos veinticinco siglos apenas ha habido progreso en la conducción de los asuntos sociales. La espiritualidad o normas morales de un Lao-Zé o de un Buda, que también vivieron en el siglo VI, no eran de menos nivel que las nuestras, y en realidad marcaron un punto culminante en el desarrollo del espíritu: más que un principio de una curva ascendente. Por lo tanto, vemos que el progreso humano ha sido un asunto intelectual y racional primordialmente.

Esta evolución unilateral ha llegado ahora a una etapa altamente alarmante. Una situación tan paradójica en realidad que se aproxima a la locura. Si pensamos por un instante que hemos apilado cientos de miles de armas nucleares, suficientes para destruir varias veces al mundo entero y que seguimos aplandolas; mientras seguimos construyendo plantas de energía atómica, igualmente peligrosas, que producen cantidades masivas de desechos radioactivos y amenazan con acabar con la vida en nuestro planeta. Aun sin la amenaza de la catástrofe nuclear, el ecosistema mundial y la evolución futura de la vida están seriamente en peligro y bien puede acabar en un desastre ecológico a gran escala.

Y en una situación como ésta, nuestra prodigiosa tecnología no parece ser de mucha ayuda. Ahora podemos controlar el aterrizaje suave de aeronaves en planetas lejanos, pero no podemos controlar los humos de nuestros automóviles y fábricas. Se nos promete una vida perfecta en colonias espaciales distantes y, simultáneamente, no sabemos administrar nuestras propias ciudades. Por lo tanto, miremos a donde miremos, en esta situación, observamos profundas paradojas y un profundo desequilibrio en nuestra cultura y pensamiento, en nuestros sentimientos, valores y actitudes, en nuestras estructuras políticas y sociales. Si meditamos más, observamos que las raíces de este desequilibrio cultural residen en el desequilibrio de dos tipos de conciencia que han sido reconocidos como aspectos esenciales de la naturaleza humana a través de los siglos. Se les llama usualmente el «modo racional» y el «modo intuitivo», así como el modo científico y religioso, y se les ha llamado de diferentes maneras, tal como lineal y no lineal, analítico y sintético, masculino y femenino, etc. Los chinos los han denominado el Yan y el Yin, y resulta interesante observar que en la cultura tradicional china no se consideraba que pertenecían a experiencias diferentes o categorías totalmente diversas, sino más bien como dos partes de una misma realidad; como los polos extremos de un todo. Desde el punto de vista clásico chino, todas las manifestaciones de la realidad, incluyendo las manifestaciones de la mente humana, ocurren mediante una interrelación dinámica entre estos dos polos arquetípicos: el yan y el yin; y les voy a decir en qué forma estiman los chinos que se efectúa este intercambio: existe un antiguo texto que dice: «Al llegar el yan a su punto máximo, retrocede a favor del yin.»

—¿Después de estos años piensa usted realmente que es un antipsiquiatra?

—Yo pongo objeciones a esa retórica, estoy en contra de la práctica ortodoxa que ahora prevalece, que a mí me parece que sólo consigue llenar a la gente de drogas y chuparles la savia con electricidad, que sólo observa a

la gente, incluso llega a quitarles alguna parte del cerebro... Yo estoy en contra de eso, yo no trataría a un perro en la forma en que tratamos a nuestros pacientes mentales. Nosotros tratamos a estos pacientes mentales exactamente como se dice que los rusos tratan a sus disidentes, y me parece muy curioso que nosotros pensemos que este tratamiento es muy malo para los disidentes rusos y, sin embargo, es muy bueno para nosotros si tuviéramos problemas de la mente. Es decir, si es tan malo para los disidentes, ¿cómo es posible que el mismo tratamiento sea el recomendado para personas de nuestro propio país? Aquellos que tratan así a la gente son los verdaderos antipsiquiatras, yo les acuso a ellos de antipsiquiatría. Yo y personas que practicamos un tratamiento decente, humano, de los seres humanos nos podemos llamar psiquiatras.

—Pero cuando alguien padece alucinaciones, cuando se encuentra bajo una crisis de angustia aguda, ¿qué alternativas hay?

—Bueno, como dice un amigo mío que ha estudiado el número de personas que en el Antiguo Testamento oían voces, más de un cincuenta por ciento de los personajes del Antiguo Testamento, si juzgamos por los criterios actuales, encajarían en el apartado de psicosis o de verdadera locura, incluyendo al propio Jesucristo. ¿Por qué está mal oír voces, ver cosas, algo que los demás no ven? Por supuesto que podríamos introducirnos en estados profundos de malestar mental y en todo el mundo ha habido, cada cultura ha intentado hallar formas de acomodarse a ese malestar y de curarlo. Existen disciplinas espirituales, hay meditación, yoga, rituales, espe-

cialmente rituales. Y al seguir este camino de destruir sencillamente la mente en cuanto causa angustia nos estamos quitando la posibilidad de volver a encontrar y quizá de inventar nuevos significados para mitigar este estado de cosas.

—Pero parece que lo único que necesitamos es amor. ¿Pero cómo amar sin sufrir? Porque muchas veces yo estoy bien, feliz, pero no puedo serlo del todo porque te quiero a ti y tú no eres feliz, y yo tampoco puedo serlo. ¿Cómo salir de esta situación?

—Bien, si se toma el mito cristiano como paradigma del amor no se puede evitar la pasión de Cristo, no se puede evitar el sufrimiento. Creo que incluso es posible sentir alegría en nuestro interior en tiempos en que emocionalmente se es infeliz. No creo que la alegría y la felicidad sean exactamente lo mismo. ¿Y además cómo puede uno los más cercanos a nosotros e incluso muchos que no conocemos están tristes, en estado de infelicidad, de angustia. Nadie es una isla, hemos de ser feliz? Aquellos con los que vivimos, aceptar ese cáliz de sufrimiento.

—Cuando vemos que en la India la gente exterioriza sus emociones con mucha facilidad, ¿cree usted que eso es terapéutico para la comunidad en conjunto? ¿Cuáles son las diferencias entre la locura en Europa y en algunos lugares tropicales?

—Todo depende del contexto. Cada sociedad define el contexto en que algo es aceptable... Por ejemplo, hemos visto a una anciana, de rodillas, retorciéndose las manos, llorando, hablando con alguien que no está allí... Es decir, una cierta evolución de la locura en una anciana que está rezando en una iglesia.

—Hablando de los medios de comunicación, creo que la radio tiene una habilidad especial para colocar a la gente en un estado paranoico, pero la televisión parece ser un medio anti-guerra, puesto que le muestra a uno lo que es la guerra. ¿Qué opina usted?

—Es un planteamiento interesante. Desde luego hay un buen ejemplo: la televisión americana tuvo un gran efecto desanimando a los americanos sobre la guerra de Vietnam y Camboya. Quizá esa haya sido la mayor influencia..., pero la familiaridad conduce a la indiferencia y, desde luego, en América del Norte y Gran Bretaña vemos mucha violencia en la televisión, y la televisión también parece jugar un papel de normalización de la violencia. Sencillamente, no conozco la respuesta.

Por la noche, ya más relajados, pudimos asistir a la parte de la conferencia de verano más humana e informal. Keyserling tocaba la guitarra con gran variedad de gestos de gnomos, haciéndonos reír y cantar a todos. Todos estábamos de buen humor, Laing el primero, sirviéndonos generosas raciones de rioja tinto. Alguien cambió el tono de las cosas, habló del recientemente fallecido Basaglia, amigo de todos los que allí estaban, herido mortalmente por un irónico cáncer cerebral. Alguien comenzó a llorar y, sobre todo el grupo, cayó una nube de piedad y recuerdo. Laing, emocionado, dirigía palabras de consuelo; luego, comenzó a lanzar frases de doble efecto, irónicas, mordaces, sobre la vida, la muerte. Todos comenzamos a sentirnos mejor, mejor cada vez. Por último, se impuso la vida, la vida de estos hombres entregados al dolor y al sufrimiento de la enfermedad mental. El grupo volvió a la alegría, y me despedí de ellos, nostálgico, a la persecución de mis propias obligaciones.

Enrique QUESADA



La agresividad, ambición de poder, no saber relajarse y miedo al fracaso son algunas de las causas determinantes

Una serie de
Germán LOPEZARIAS



EL "STRESS" DEL EJECUTIVO



ES como una bíblica maldición aplazada al siglo XX. Es el castigo de nuestro tiempo. El alto precio que ha de pagar una sociedad basada en la prisa, la ambición y el poder. En nombre del «stress», ante el altar del «stress», se suceden a diario miles de sacrificios para tener contento al dios insatisfecho. El infarto, la locura, el rompimiento de matrimonios, el fracaso absoluto, la huida de todo, la desesperación son factores determinantes de la existencia de ese cúmulo de tensiones, que, denominado «stress», no llega a ser una enfermedad en sí, pero sí una situación de caos en el hombre angustiado, en el ejecutivo. Y no entendiéndolo como ejecutivo solamente al directivo de una gran empresa, sino aglutinando bajo esa palabra a todo el que tiene una responsabilidad. Es decir, metiéndonos todos bajo ese gran paraguas, porque tan ejecutivo «stressado» es el director de una multinacional en quiebra, como un padre con siete hijos y sin empleo. Pero ¿qué es, en definitiva, el «stress»? ¿Hay que aceptarlo como la contaminación o puede evitarse?

PARA el hombre de hoy, agobiado por el entorno, sumido en mil problemas, el «stress» es, sin duda, el camino mortal que le lleva al infarto. Cada día son más alarmantes las estadísticas que llegan principalmente de Estados Unidos y en las que se advierte que si en 1930, por ejemplo, la mortalidad por esta afección era de un 7,9 por cada cien mil habitantes, en la actualidad pasa de los cuatrocientos por la misma cifra de personas, y se prevé un aumento progresivo en los años siguientes. Cuando llega el infarto, generalmente es que los niveles de «stress» han alcanzado cotas peligrosamente altas.

LOS DEMAS

El profesor de Psicología don Isidoro Delclaux Oraa explica en su trabajo «Stress y actividad mental» que «entre los seres humanos que viven y trabajan en las aglomeraciones de las grandes ciudades, la constante estimulación que cada uno recibe de los demás, el ruido que los demás producen, la necesidad de abrirse camino entre la multitud y de competir por un asiento en el tren, o la necesidad de aparcar el coche, elevan el nivel crónico de excitación por encima del óptimo».

Esta elevación es ya el síntoma alarmante. La señal de alerta, de que algo empieza a funcionar mal en la persona. Pero si a estos elementos externos se añaden además los internos de ambición de poder, de temor al fracaso

o de inseguridad manifiesta por una supervaloración de sus jefes a la que no le es posible responder, el «stress» se agudiza y se convierte en ese arma peligrosa que no era, porque el propio profesor Delclaux entiende que es necesario un cierto grado de «stress»

- ◆ Puede conducir a la muerte, pero aliado a otros factores como hipertensión, colesterol, diabetes, etc.
- ◆ Sin embargo es necesario un cierto grado de «stress» para que la persona esté en condiciones óptimas de funcionamiento

para que la persona esté en condiciones óptimas de funcionamiento. Y más aún, que el «stress» no sólo puede aparecer por sobrecarga de trabajo, sino que también puede surgir, y de hecho se produce con frecuencia, por falta de actividad. Tan cerca está del «stress» el que tiene la vida difícil como el que la tiene demasiado fácil.

No es el problema en sí, sino la forma de afrontarlo. No es la intensidad del trabajo, sino la manera de aceptarlo, de admitirlo, de resolverlo. Las personalidades obsesivas, paranoicas, no se enfrentan a los temas diarios con realismo. Su mente desproporciona los objetos y los objetivos. El «hacer algo» viene a ser de suma importancia

en su equilibrio personal. Esto le crea una tensión tremenda. Todos sus esfuerzos se concentran en una actividad desusada y en ocasiones descafeinada, con el solo fin de mantener su propia imagen. El doctor José María Márquez Balín, del Instituto de Psiquiatría Dinámica, describe así al personaje:

«Pesca, caza, juega al golf o tiene una amante, y de alguna forma olvida el objetivo de su placer. Todo parece hacerlo con sordina. Eso sí, en todo tiene que triunfar, y si así no es, él se cuida de protegerse, inhibiéndose de aquellos impulsos que podrían liberarle. Y siempre con el miedo de lo que podría constituir su supresión total. Es el miedo a la castración su mayor te-

el status de poder, llena de ambición, a la que subordina todo otro sentimiento o necesidad y con una conducta agresiva, es un terreno especialmente abonado para el «stress». Y unido a esto un régimen de vida unidimensional, en lo físico, incorrecto, irregular y excesivo en lo alimentario, sin ritmo en lo sexual, anómalo en el descanso, sobrecargado en tóxicos sociales (tabaco, alcohol)...»

Pero el «stress» en sí no es el motivo único y fundamental que conduce al infarto y a la muerte; es, como he dicho al principio, el camino mortal, la senda trágica que hay que recorrer, pero siempre acompañado de otros factores que son los determinantes, como la hipertensión, el consumo de tabaco, la intolerancia de los hidratos de carbono, la obesidad, la vida sedentaria, etcétera.

Siguiendo las estadísticas, el doctor Flórez Tascón, en su trabajo «Sobre la causación de la enfermedad de los dirigentes», dice:

«Las compañías de seguros de hace treinta y cinco años nos mostraban cómo la esperanza de vida media aún estaba en los cuarenta años, mientras que un individuo de la clase dirigente podía alcanzar los sesenta y ocho años. Hoy la situación ha cambiado radicalmente. Ya en mil novecientos cincuenta y dos, cuando la esperanza de vida, dados los progresos de la Medicina, estaban en los sesenta y cinco años, De Graf, sobre mil ciento cincuenta y dos individuos viera su muerte prematura en torno a los cincuenta y cinco años, y Friedrich Sieburg dijo aquello de que «nuestros muertos se rejuvenecen». Y las causas de estas defunciones era la enfermedad de la civilización, mal social que en estos últimos años ha sido capaz de multiplicar de modo alarmante la muerte de personas entre los cuarenta y los sesenta años, particularmente a brumados de trabajos y responsabilidades, y muy especialmente hombres públicos.

mor, y cuando se confirma ésta de alguna forma, la crisis es total.»

DERRUMBAMIENTO

Y se produce el derrumbamiento de ese hombre. Y la crisis aguda. Y el «stress» que, como dice el doctor Francisco José Flores Tascón, es «el enfrentamiento desde la cresta de la ola del poder y de la responsabilidad con el ambiente general de transición y cambio social, con los problemas específicos de su competencia profesional, familiar y sexual...»

Y el mismo doctor Flores Tascón explica: «La personalidad obsesiva, compulsiva, proyectada hacia

ANGUSTIA

Desde un punto de vista rigurosamente científico, es probable que las situaciones de «stress» aumenten la producción de catecolaminas circulantes, y éstas a su vez determinen un mayor trabajo cardíaco y consumo de oxígeno por el miocardio, según explica el doctor Julián Fraile Blanco. Pero desde otro punto de vista más profano, más de andar por casa, es indudable que lo que provoca el auténtico «stress» y el que condiciona al hombre a estar sometido a una serie de riesgos que podrían ser evitados es el tipo de personalidad. Esa manera de ser en ocasiones controvertida y siempre angustiosa, que le lleva a estar todo el día dedicado al trabajo, encerrado en él, sin excusas ni pretextos para salirse del ambiente. Es el mismo doctor Fraile Blanco el que añade:

«La agresividad, la ambición por llegar a puestos de dirección, el gran impulso físico y emocional son las características que les distinguen. Concentran todo su pensamiento y energía en el surco estrecho de su profesión. No gozan de distracciones y en la mayoría de los casos no hacen ningún deporte. Y el doctor Eduardo González Menéndez, del Hospital Monte Naranco, de Oviedo, aconseja:

«Los estados de tensión emocional pueden resolverse en gran manera con más confianza, más amor. Amor a todo lo honesto, lo verdadero, lo justo, lo puro, lo amable. Tomar descansos periódicos y suficientes para renovar cada día el sacrificio de nuestro «ego», para ser más que vencedor. Perder agresividad, dar a cada uno lo suyo, amar incluso a nuestros enemigos puede ser en algunos casos ceder en nuestros derechos, pero es asegurarnos nuestra salud, evitar un seguro factor de riesgo para nuestro sistema cardiovascular es prolongar nuestros años y ganar vida.»

CAMISA DE ONCE VARAS FOR YOU



DON Pedro Schwartz, economista de pro, ha decidido intervenir nuevamente para salvar la libertad de expresión y al periodismo español. Se lo agradecemos de todo corazón, porque la verdad es que buena falta hace.

En un reciente artículo, el emparajitado economista pretende que únicamente se a los empresarios quienes determinen quién es y quién no es periodista. «La profesión —dice don Pedro— debería estar abierta "a tout venant", es decir, a todo el que venga, que Schwartz lo pone en francés porque ha viajado mucho.

Esto nos hace recordar que el señor Schwartz hace escasamente dos años, en plena explosión de la democracia, aplicó sin ningún éxito sus nobles teorías sobre el libre ejercicio de la profesión periodística. Pedro Schwartz fue llamado por el entonces Centro Iberoamericano de Cooperación para poner en marcha una revista que sustituyera a la fenecida «Mundo Hispánico». Schwartz llegaba a título de genio prestado por un conocido banco, con la sana intención de hacer la gran revista de las Américas. Para esta magna labor, don Pedro se presentó acompañado por varios colegas del banco, todos ellos genios de la economía dispuestos a enseñar cómo se hace una revista y cómo se deben conducir las relaciones con Hispanoamérica. Lo primero que hizo Schwartz fue asignarse un gran despacho y un gran sueldo,



y salir corriendo a Loewe para comprar unos portafolios de lujo para él y su caterva de genios. Le dieron manga ancha en los gastos, y después de tres meses de contactos con banqueros y diplomáticos, a base de comer en Zalacain, Schwartz se decidió a presentar el número cero de la revista, para lo cual convocó a todos los embajadores de la América Hispana. La reunión fue demencial, ya que, entre otras cosas, se presentaba el número cero sin haberlo realizado. Dos meses después, y tras un difícil parto, apareció el esperado número cero. En el «staff», Pedro Schwartz figuraba con cuatro puestos, uno de ellos el de consejero delegado, y como director, saltándose a la torera la legislación, figuraba un colega de Schwartz llamado Rafael Martos, que, naturalmente, no necesitaba el carné de Prensa.

Y volviendo al famoso número cero, el éxito fue tal que inmediatamente se suspendió su distribución y el Centro Iberoamericano renunció por el momento a tener una revista. El equipo de intrépidos retornó a sus labores bancarias dejando atrás una cuenta de gastos de ocho millones de pesetas y cinco meses de duro e infructuoso trabajo.

El carné de periodista puede que sea un instrumento fascistoide y gremialista, pero en este caso concreto nos habría ahorrado unos intrusos muy caros.

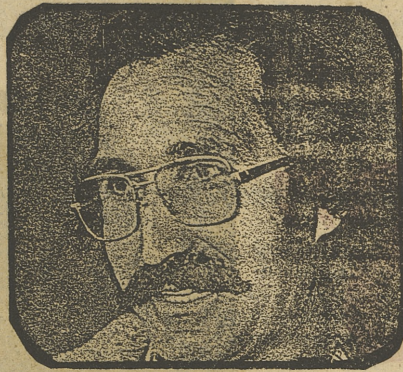
J. A.

las 333 en raya

Por Barbanegra

Eleuterio Sánchez

YA no constituye una revelación la sorprendente reinsertión social de «El Lute», a quien durante los últimos años la actualidad gráfica nos lo ha servido transformado en una flor: bien trajeado, bien peinado y bien alimentado. La publicación de sus memorias delictivas —«Camina o revienta»— fue su mejor credencial para el ingreso en la vida corriente.



Se le dejó de llamar «El Lute» y se le empezó a llamar Eleuterio. El cambio cualitativo viene simbolizado por esta permuta en la nomenclatura. Eleuterio, pronto, comenzó a gozar de régimen penitenciario abierto, dándosele la posibilidad de concebir una libertad de sucedáneo, consistente en negarle al inculpa la posesión de las noches. Un Eleuterio, que salía temprano de la cárcel y que volvía a la hora de la retreta, llegó a convertirse en rutina, y se daba como cierto que el semi-recluso pronto tendría los dos pies en la calle.

El tiempo ya transcurrido desde aquella aprensión confirma lo contrario, y Eleuterio —que cargará tal vez toda la vida con «El Lute» a sus espaldas, como una mochila atorillada en sus omoplatos— continúa durmiendo en la trena. Ahora acaba de producirse una originalidad en este proceso ciertamente kafkiano: Eluterio ha sido indultado por la Jurisdicción Militar por el delito de bandidaje y terrorismo que manchaba su expediente y por el que un día se le condenó a muerte. Quedan aún delitos menores, inevitables en un hombre que se vio obligado a sobrevivir en clandestinidad. Eleuterio, que está a punto de graduarse como abogado y que vive, por el momento, de la pluma, sigue enredado en las ramas del Código Penal, y abrigando esa esperanza de los últimos años de pasar las Navidades en familia, al cumplir los dieciocho años de barrote.

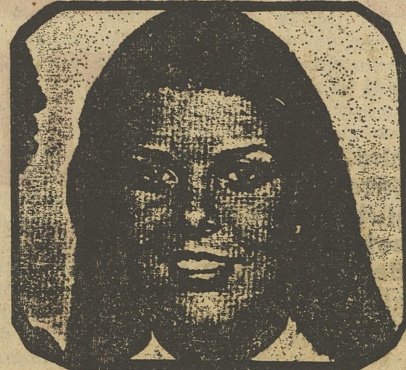
Habita en solitario un chalé de dos plantas alquilado en un barrio residencial de Madrid, tiene un bonito coche blanco a la puerta, que cada tarde, al llegar las siete, le conduce a su ciudad-dormitorio, en las afueras, y sigue esforzándose, sin tener ya necesidad de demostrar a la sociedad que él no es un aventurero de telefilme y que nunca lo fue.

Carolina de Mónaco

COMO una gacela asustada vestida de blanco va Carolina por París acompañada de su madre. La princesa está triste y se sabe qué tiene: el mal de Junot, un síndrome pegajoso. El padre, Rainiero, y la madre, Grace, ya no saben qué hacer para devolver la sonrisa al rostro ovalado de la princesita, y la llevan y la traen por tés benéficos, desfiles de moda, tumbas de canasta y distinguidas boutiques.

Carolina acaba de ser indultada de ese tropiezo que la condujo canónicamente a Junot, y este hecho, lejos de hacerla feliz, parece sumirla aún más en la melancolía.

Ese Junot es un perillán, un delinciente internacional a quien la justicia popular habrá de empapelar un día por tenencia ilícita de rubias. Su condición de reincidente de la noche achampanada le sitúa en los límites más graves de peligrosidad social. Junot es, sin duda, el «play-boy» del año 80. Cada época de las futilidades



des tuvo el suyo. Y ahora estamos en la «era Junot». ¡Qué barbaridad! No salimos de uno para meternos en otro... No creo que sea el pueblo llano, sino la Prensa del corazón la que siente una necesidad periódica imperiosa de lanzamientos de esta calaña, como respondiendo a un maquiavélico plan universal de alcance desconocido.

El plan consiste en repartir dos papeles: uno de verdugo y otro de víctima. En este caso es ese Junot quien encarna a las fuerzas del mal, mientras Carolina asume el papel de modisita violada y abandonada por un granuja sin escrúpulos. Da lo mismo que Reagan llegue a la presidencia del supermercado USA, o que Pinochet institucionalice su negocio de carnicería. El mundo no se conmoverá por eso, porque el melodrama Carolina-Junot vive su climax más intenso. Reaccionará la princesita ante las ostentosas humillaciones públicas del malvado Junot? ¿Volverá Junot arrepentido a los brazos de una Carolina indefensa...? Y, sobre todo, ¿quién pagará las copas que se toma Junot con su rubia de turno cada noche? Las jornadas sucesivas despejarán las incógnitas. Excitantes momentos.

Woody Allen

ES mejor ser el amante que el amado? Ninguna de las dos cosas si tu índice de colesterol pasa de 600... Para ser un amante realmente bueno uno tiene que ser fuerte y sin embargo, suave. ¡Fuerte hasta qué punto? Supongo que con ser capaz de levantar veinte kilos basta... Ignoramos cuál es el índice de colesterol actual de Woody Allen, pero estas palabras suyas, contenidas en un pequeño ensayo sobre el amor, le comprometen a mucho, ahora que se ha echado novia decente. La perfecta es la preciosa Mia Farrow, ex señora de Sinatra, a quien el desvalido Woody acude a buscar cada tarde a un teatro de Broadway montado en su Rolls-Royce.

Ya es hora de que sentara la cabeza este chico. Mia, cuyo peso específico se sitúa en algo más de veinte kilos pero sin pasarse, tiene ante sí una laboriosa misión, cual es la de librar al neurótico judío enamorado de Manhattan de la obsesión Diane Keaton. Su otra obsesión ha sido Freud... ¿Será capaz Woody de levantar el frágil corazón de Mia hasta superar el trauma que la Keaton le originó? La obra cinematográfica y literaria del lúcido humorista estaba ya necesitando de estos estímulos. Sus últimas cosas —aun con su calidad indudable— empezaban a resultar reiterativas, de un egocentrismo fastidioso. Comprendemos la impresión tan fuerte que se debe de llevar Woody cada vez que se mira a un espejo de cuerpo entero, pero esto le ocurre también a muchos otros seres repartidos por la Tierra y no por eso dan la tabarra. Aunque la tabarra de Woody siempre nos cayó simpática y, en cierto modo, gratificante, su público —te debes a él, Woody, te debes a él— le



está pidiendo ya que salga definitivamente del laberinto en que le metieron su correligionario Freud y la volubilidad de Diane. El peligro de este creador ciertamente genial reside en situar su paranoia en primer plano, transformándola en el objeto artístico a representar. Ello no le impide reirse de su propia sombra, tendida en el diván del psicoanalista, al tiempo que el propio Woody se resiste a abandonar ese diván.

¡AY DE MI ALHAMA!

EL conocimiento y la objetividad de don Fernando Lázaro Carreter y don Vicente Tusón están fuera de duda. Sus magisterios críticos irradian seminarios, aulas, claustros y ediciones como una lámpara común universitaria a la que nunca faltará luz. Ellos, y otros pocos, dicen, dictan, subrayan y ponen en el Olimpo provisional o duradero a los dioses fulgentes de nuestra literatura. Aproximándose a Blake, pienso que si su sol calentador dudara un momento, se apagaría, y, con él, nuestras luces, mis pocas luces. Hay que reconocerlo, y reconocerlos con un homenaje por tanto testimonio y tanto vaticinio, a la larga infalible. Un homenaje. Ustedes dirán que a qué viene esto, sabiéndose, como ya se sabe hasta el tópico. Pues bien, está claro: el tópico hay que mantenerlo fresquito, cotidiano como la televisión

o el fútbol, no como el reloj de la Puerta del Sol, que sólo suena una vez cada trescientos sesenta y cinco días. Y de ahí mi intención, ahora refrescada por la lectura de su libro conjunto Literatura Española, que va a ser durante estos años la Biblia del estudiante de letras que accede a la Universidad. El trabajo es impropio, y esto lo digo con toda seriedad. Impropio e impresionante, añadiría. Sólo que siempre hay un camino de duda, de desorientación, quién sabe, y en su contenido intuyo un cuele que no sé si atribuirlo a la tradición o a la moda macabra de marginar lo andaluz, lo cual, al fin y al cabo, es lo mismo. ¿Será verdad que, a pesar de la latitud, somos orientales, como sostiene el historiador belicoso Antonio María Medina o, por el contrario, habrá que aceptar la definición de Luis Berenguer por la que Andalucía limita al

norte con Castilla, que nos separa de África? Con tantas opiniones contrapuestas, los andaluces nos hemos desorientado y ya toda la vida es sueño —espejismo— y los moros, moros son. ¡Qué país, Mike Kennedy! Andalucía, que siempre ha destacado por sus poetas, ¿ya no mola? Estupefacto me dejan Carreter y Tusón, los cuales, desde el escudo noble de su científicismo demostrado, de entre cuarenta nombres líricos aupados tras la guerra hasta nuestros días, únicamente se quedan con tres andaluces: Luis Rosales, Carlos Edmundo de Ory y C. Bonald. (Más «rigurosos» todavía resultan nuestros sabios con los novelistas meridionales.) Digo yo que lo de Rosales será porque el gran poeta lleva la vitola de académico, que es una especie de inmunidad diplomática de la literatura. Y digo yo que

lo de Carlos E. de Ory y lo de Caballero Bonald, también grandes poetas, será por lo de los apellidos foráneos. Andalucía, ¿ya no mola? ¿Qué fue de tanto galán? ¡Ay de mi Alhama! ¿Es que los escritores andaluces, como los trabajadores del Sur, sólo sirven para la mano de obra barata y los premios literarios? Que recientemente se haya publicado una antología con diecisiete poetas españoles jóvenes sin que entre ellos figure un sólo andaluz, se comprende por eso de que toda antología es una antología. Pero aquí debe haber una confusión. Aquí debe haber una confusión o, por primera vez, un reconocimiento de la identidad y la independencia de las letras andaluzas. Ricardo Molina, Canales, Pablo García Baena, Montesinos, Mantero, Roldán, Quiñones, Ríos Ruiz, García López, Soto Vergés, Berenguer, Azacot, García



Viñó, Aquilino Duque... Debe de haber una confusión o una interpretación lúcida más allá del 151.

SEGURO que estos dos señores, lujo del rigor docente, honra de la objetividad académica y prez de la independencia interpretativa didáctica, preparan otro libro para los jóvenes preuniversitarios: Literatura andaluza.

Antonio HERNANDEZ



Amparo Méndez expone en Madrid



de encontrarse con el dibujo, comunicarse con él. La comunicación es una de las grandes ventajas del arte.

M. R.

o "La astrología está presente en todo lo que pinto"

DESDE hace algunos días, Amparo Méndez Camoamor expone una serie de dibujos en cera en los bajos de la librería Fuentetaja, próxima a la plaza del Callao. Amparo Méndez ha concurrido, antes de ahora, a una quincena de exposiciones y concursos, y no es por lo tanto una artista recién llegada al mundo de la pintura. El trazo de su dibujo es original, sus colores son muy personales, su concepción del cuadro —siempre armónico— camina entre una plástica naturalista y una profundidad de sueños, que dan como resultado un trabajo sugerente.

—A un artista —nos dice Amparo— le resulta siempre difícil hablar de su obra, por aquello de que lo que se ama siempre se ve deformado. Alguien ha dicho, sin embargo, que mi pintura se podría encajar dentro del neoexpresionismo, y aunque yo no estoy muy de acuerdo con eso de poner «ismos» sería un punto de partida para comenzar a hablar de ella. Los colores de mi pintura son siempre brillantes y el rojo es el protagonista. Tengo a Marte muy bien aspectado en mi Carta Astral, lo que, naturalmente, influye en mi obra.

—¿Hay, pues, una relación entre tu pintura y la astrología?

—La astrología es otra de mis pasiones y está presente en todo lo que pinto, porque, además de lo meramente plástico, se encuentra también una fuerte carga temática, y cuando levanto una Carta Astral se mezclan en todo los colores. Así que una complementa o ayuda a la otra.

—Habla de esta exposición...

—He querido que esta exposición girara en torno a la pareja, pero no a la pa-

reja que estamos acostumbrados a ver, quiero decir a esa que se une o se separa (con divorcio o sin él), sino a la pareja mágica, alquímica, única, primera, universal, y la he colocado en un mundo que igual puede ser el del comienzo de las eras, como ésta de la Era Acuario que nos ha tocado vivir. Es un mundo que se deshace y que se crea continuamente. He preferido no poner títulos, pues quiero que cada cual se relaje y trate

CARLOS COBIAN



Desde esta semana, y hasta el próximo día 27 de octubre,

expone en la sala Toisón, de la calle Arenal, 5, el pintor asturiano Carlos Cobián.

Cobián es un pintor que retrata con una gran maestría los paisajes de su tierra.

Los azules predominan en el tono de los lienzos expuestos, que recogen, casi siempre, escenas de corte costumbrista o en torno a tipos de la región.

Entre los cuadros se encuentran estampas, como «Las mujeres del cuadro», «Marineros», «En el muelle», «Las redes» o «Día lluvioso», realizadas con una gran técnica y de una enorme expresividad.

Es la octava vez que Cobián expone en Madrid individualmente, puesto que todos los años concurre con su producción a esta misma sala.



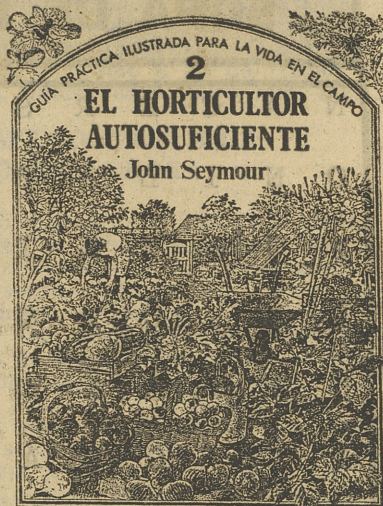
LIBROS

PARA UN MEJOR VIVIR

DESPUES de la «Guía práctica para la vida en el campo», la Editorial Blume nos ofrece, en idéntica edición magnífica, la segunda parte de esta obra más que refrescante de John Seymour: «El horticultor autosuficiente». Cuenta Seymour cómo recuerda haber visto hace cincuenta años, de niño, a aquellos campesinos que se abastecían de su propio huerto, altamente productivo. Todo el mundo criaba gallinas, cerdos y conejos, que al propio tiempo daban una gran fertilidad al huerto. Cuando subió el nivel de vida de la población y la creciente mecanización de la agricultura fue lanzando cada vez más campesinos a las ciudades, estos huertos murieron. Las hortalizas dejaron de ser el factor vital, y su lugar lo ocuparon en seguida las malezas. Pero pasados los años las cosas vuelven a su sitio. Autoabastecerse supone un considerable ahorro, las comidas son y saben mejor y los crios crecen más sanos. Se vive al aire libre y se puede seguir de cerca el ciclo de las estaciones, lo que ya parecía perdido irremediadamente.

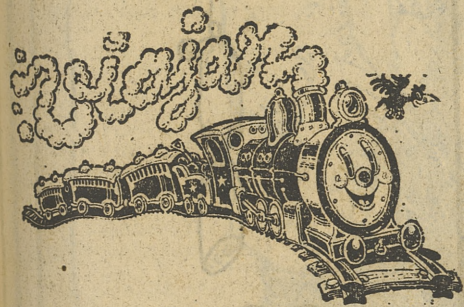
Si hace unos años había en Europa miles de parcelas sin cultivar, ahora existe una larga lista de espera para poder adquirir las y cultivarlas. Igual ocurre en Estados Unidos. La horticultura ha dejado de ser entretenimiento para jubilados.

SEYMOUR nos da en este libro toda una serie de lecciones para llegar a ser un horticultor autosuficiente. He aquí algunos de los temas del libro: la



horticultura en cada una de las estaciones del año. La organización de la producción del huerto. Tratamiento del suelo. Los frutales. Las hierbas aromáticas. Los cultivos de invernadero. La conservación de los alimentos del huerto. La elaboración de los vinos. Los animales de granja. Etcétera.

El horticultor autosuficiente es un libro escrito con una sencillez extraordinaria, contiene un sinnúmero de ilustraciones y su carácter didáctico hace de él un texto de amena y clara lectura. Esta edición española se corresponde con la inglesa dirigida por Christopher Davis, con el que ha colaborado Roger Bristow como director artístico. Las hermosas ilustraciones han sido obra de Peter Morter, Eric Thomas, Robert Micklewright, David Bryant y Jim Robins.



Terminan los "curros"

CON la llegada de los fríos termina la temporada de «curros» o «rapa das bestas» de Galicia. El acoso, encierro y rapa de caballos y yeguas finalizaron por este año con un balance positivo, ya que se ha notado un incremento en el número de animales adultos y de crías, debido a las favorables condiciones climatológicas, que producen mayor cantidad de pastos y disminuyen la agresividad del lobo. Los incendios forestales son uno de los enemigos de la proliferación de estas especies, ya que originan la desaparición del pasto natural y del bosque, que sirve de abrigo a los caballos salvajes contra los rigores del invierno. Los incendios de este verano han provocado que algunos caballos y yeguas bajaran a las propiedades agrícolas particulares, causando algunos destrozos en los sembrados. Estos desaguisados provocaron algunos enfrentamientos entre los propietarios de la tierra y los dueños de los caballos, porque, aunque salvajes, estos animalitos tienen dueño. Pero no todo son inconvenientes. La temporada de «curros» de este año ha registrado un importantísimo aumento en el número de visitantes, lo cual ha supuesto una buena fuente de ingresos para algunos pueblos gallegos.

FLORES Y PLANTAS

LA propagación de las especies frutales puede producirse de dos formas; por medio de semilla o vía sexual (método natural). O por vía agámica o asexual, por medio de clones, acodos, estacas y por injertos.

POR SEMILLA.—Por lo general la polinización de las especies herbáceas da origen a una planta de caracteres morfológicos semejantes a la planta madre. Cosa que no suele ocurrir en las especies frutales. Estas difícilmente producen sus mismos caracteres genéticos, sino que muestran caracteres diferentes.

SELECCION DE SEMILLAS. Esta selección depende del objetivo que nos proponemos. Las semillas destinadas a la obtención de portainjertos deben obtenerse de árboles adultos en pleno desarrollo.

Las semillas de árboles silvestres y de vegetación espontánea, son rústicos con vigor

y resistencia capaces de soportar enfermedades y plagas.

Las especies frutales silvestres ofrecen una resistencia unida a las características del ambiente donde viven, vigorosidad y resistencia que disminuye al ser trasplantada a un ambiente distinto al de su origen.

Para realizar la reproducción, con intención de lograr una nueva variedad recogeremos las semillas de los árboles más vigorosos, y aquellos que ofrezcan mayor tamaño y más calidad. Este procedimiento es difícil y requiere un largo tiempo, no ofrece garantías y raras veces resulta satisfactorio.

ESPECIES FRUTALES

Para cualquiera que sea el objetivo, las semillas deben recogerse de frutos maduros.

El conocimiento del poder germinativo de las semillas es necesario en toda reproducción para saber la cantidad de superficie a emplear y fijar mejor la época de la siembra.

Para pronosticar el poder germinativo de las semillas hay que tener en cuenta que no todas germinan en la misma época, sino poco después de que la variedad a que corresponde inicia su vegetación.

Carmela F. NAVARRO



Por
J. ALTEA

juegue v.d. solo



BUSQUE LOS NUEVE ERRORES



Estos dos dibujos, correspondientes a un apunte del cuadro «La esposa de Jorg Zorer», de Christoph Amberger, se diferencian en nueve errores. Encuéntrelos.

JEROGLIFICO

SO



¿Verdad que lo compré a buen precio?

N

MAYO

10

¿Viene el niño solo del colegio?

ll

CAR

¿Conoces algún animal sagrado de los antiguos egipcios?

MU



SS e

¿Me queda bien la permanente?

A JEROGLIFICOS

- 1: Es económico. (Ese con O mico.)
- 2: Le trae Nemesio. (Letra ene mes)
- 3: El escarabajo. (Eles car abajo.)
- 4: Mucho rizo es ese. (Mu chorizo)

SOPA DE LETRAS

N	A	C	E	R	S	T	A	F	E
O	N	I	L	E	P	O	P	U	F
P	O	A	N	L	I	N	L	A	R
S	A	S	O	R	G	A	N	Z	A
E	P	T	A	L	C	R	O	I	N
R	I	S	O	R	A	U	R	N	E
C	O	B	E	L	I	G	L	P	L
Y	O	P	A	N	A	A	R	S	A
P	U	I	S	Q	U	E	R	E	Z
O	L	E	P	O	I	C	R	E	T

En este cuadro figuran nueve nombres de tejidos. Se leen de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de arriba abajo, de abajo arriba y en diagonal en ambos sentidos. Una letra puede formar parte de dos o más palabras.

SALTO DEL CABALLO

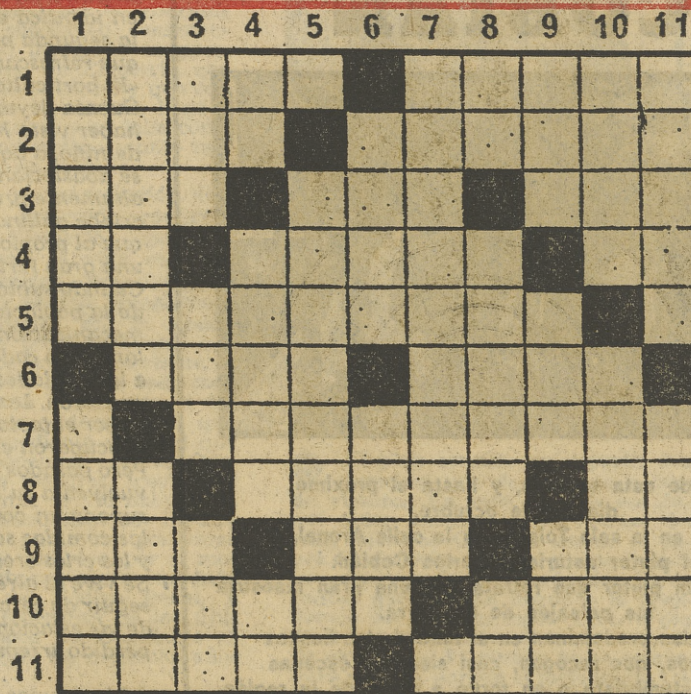
TA	IN	REN	POR	POR
SIEM	DON	QUÉ	LLA	QUIE
LOS	AL	GE	SE	SAR
DE	PRE	ES	SOS	VA
MAS	NIO	LA	PA	NO

Con los movimientos de caballo del ajedrez, y empujando por la sílaba subrayada, leerá un pensamiento.

A SALTO DE CABALLO

No sé por qué los ingeniosos siempre quieren pasar por donde la valla es más alta.

CRUCIGRAMA



HORIZONTALES.—1: Prenda de cabeza. Voz que se usa en el teatro para hacer que un actor se retire de la escena.—2: Aplicase a la persona o cosa distinta de aquella de que se habla. Estado de América Central.—3: Ata. Al revés, culpado, acusado. Hogar.—4: Contracción. Adornos. Matricula española de coche.—5: Al revés, templo donde celebran el culto los hebreos. Símbolo del azufre.—6: Al revés, composición musical para una sola voz. Al revés, tejido.—7: Símbolo del fósforo. En plural, que defiende con apasionamiento creencias u opiniones religiosas.—8: Artículo. En plural, cavidad grande y profunda en la tierra. Nota musical.—9: Al revés, preposición. Onomatopeya de un golpe. Cabeza de ganado.—10: Reptil americano. Rey fundador del Imperio Persa.—11: Calor grande, vehemencia. En plural, tunante.

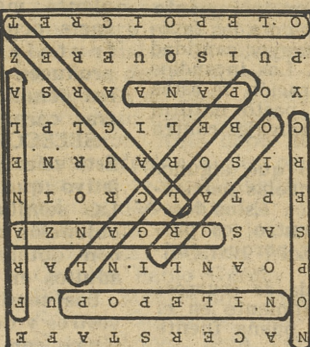
VERTICALES.—1: Pequeñas esferas. Hoja carnosa de ciertas plantas.—2: Nombre de mujer. Alabar.—3: Pecado capital. Al revés, término o remate. Hombre fuerte y valeroso.—4: Negación. Al revés, reunión nocturna con baile y música. Símbolo químico del molibdeno.—5: Preposición. Establecer o regularizar.—6: Cabello. Quieren.—7: En femenino y plural, natural de cierta comarca del reino de León. Matricula española de coche.—8: Artículo indeterminado. Pasáis de dentro afuera. Símbolo químico del cobre.—9: Igual, semejante. Al revés, consonante en plural. Río alemán.—10: Sustancia que atrae al hierro. Diestro matador.—11: En plural, nombre de mujer. En plural, masa encefálica.

SOLUCIONES

AL CRUCIGRAMA
(Sólo horizontales.)

1: Boina. Muts.—2: Otro. Pa-
nama.—3: Lia. Cer. Lar.—4: AL
nana.—5: Sinagogas. S.—
Orlas. Na.—6: P. Fanáticos.—
6: Alra. Alel.—7: P. Fanáticos.—
8: El Simas. Re.—9. Noc. Zas.
Res.—10: Calmán. Ciro.—11: Ar.
dor. Lunos.

A SOPA DE LETRAS



A BUSQUE
LOS NUEVE ERRORES

Toca. Adorno toca. Botón.
Puntilla cuello. Pechera. Anillo.
Puntilla puño izquierdo. Manga
derecha. Flor.

Los Caballeros de la Tabla Redonda, algo más que una leyenda



El legendario rey Arturo y sus Caballeros de la Tabla Redonda han llegado hasta nosotros envueltos en brumas de leyendas medievales, pero si investigamos su realidad tendremos que remontarnos aún varios siglos atrás. Su lucha final parece ser ni más ni menos, que el casi cósmico enfrentamiento de los dioses y gigantes de la mitología germánica, que marcó el término de una era.

UN REINO POR UNA ESPADA

Era Camelot la capital de un mítico reino. Existía allí un templo, y a su entrada una gran piedra cuadrangular en la que estaba clavada una espada (Excalibur), dejada por un mago llamado Merlin; aquel que consiguiera sacarla de su lugar estaría predestinado a reinar sobre aquellas tierras. Esta misma historia se repetirá con el héroe Sigmund en la mitología germana.

Sigue la leyenda y dice que un joven llamado Arturo (hijo de Uther Pendragon) lo consiguió, y a partir de entonces no sólo fue rey, sino que su pequeño Estado se fue haciendo cada vez más poderoso conquistando islas y continentes. Merlin, su consejero, tuvo mucho que ver en ello; él fue quien le animó a crear una nueva orden de caballería, que denominó los Caballeros de la Tabla Redonda, pues se reunían alrededor de una mesa en la que nadie era superior ni nadie infe-

rior. Su número, en realidad, nunca debió de pasar de doce.

Y comenzaron las aventuras y proezas que durante varios siglos —sobre todo, en el XVI y XVII— correrán de boca en boca y servirán de fundamento a varios libros de caballería. Quién no recuerda a algunos de los personajes de esta historia, al invencible sir Lancelot del Lago, al mago Merlin, a la bella reina Ginebra, al hada Morgana, al traidor Mordred, a los caballeros sir Kay, Gauvain, Galaad...

Pero aquel bienestar no duró. Ginebra y Lancelot se enamoran (siempre en estos casos se dice que empujados por el Destino) y acaban huyendo juntos. Mordred, por su parte, urde intrigas contra el rey y los caballeros se dividen, se enfrentan unos a otros... Camelot se hunde y sobreviene la gran batalla final, en donde todos los paladines mueren. El mismo Arturo es alcanzado por una lanza envenenada, y desde entonces la leyenda le colocará dormido en un palacio encantado sobre

la cima de una montaña en su mítico reino de Avalón o Camelot, a la espera de un nuevo despertar. Los britanos, que han hecho suyo el mito de Arturo, nunca han vuelto a tener un rey desde entonces. Otra tradición cuenta que el rey se convirtió en un cuervo, de ahí seguramente que en Gran Bretaña no se pueda matar a dichos animales.

Esta leyenda de un rey, o un héroe, o un dios, que vendrá de nuevo se mantiene con ligeros cambios en muchas culturas.

LA HISTORIA ESCRITA

Como con tantos otros personajes, al mítico Arturo se le ha hecho coincidir con un caudillo de Bretaña llamado Artorius, vencedor de los sajones allá por el 520, y que conquistó varios Estados, muriendo asimismo en otra batalla; la similitud de ciertos hechos mezcló los dos reyes en uno solo, se exageraron sus hazañas y la Edad Media le acabó dando luego el barniz caballeresco que ha llegado hasta nosotros. El ciclo de Arturo acabaría sustituyendo más tarde al de Carlomagno, y los amores de Lancelot y Ginebra recuerdan asimismo a los de Tristán e Isolda. Nunca parece haber nada nuevo.

DIOSOS CONVERTIDOS EN CABALLEROS

Pero si al Artorius real se le identificó con el Arturo legendario, éste a su vez proviene de tradiciones anteriores; según algunos historiadores, en una metamorfosis de un dios galo o celta. Las aventuras que corren son copia de otras mágicas que les ocurrieron a dioses de aquella época; todo está, pues, en la mitología germana. Odin, señor de la magia, que sabía todo sobre los tesoros ocultos y poseía un don profético, es el mago Merlin; Thor, el mejor de los combatientes, exterminador de gigantes, tiene su réplica en Lancelot; el perverso Loki es el traidor Mordred; Gullveig está representada por la hechicera Morgana; el paraíso de Walhalla es Camelot... y, sobre todo, esa lucha final puede ser el llamado «Crepúsculo de los dioses», tantas veces cantado por músicos y poetas, en el que van muriendo todos con la esperanza, eso sí, de una futura «resurrección» y resurgir de ese poderío caído, aunque ya no será con ellos, sino con sus herederos. En cuanto a Arturo, es el héroe Sigmund el más «humano» de todos.

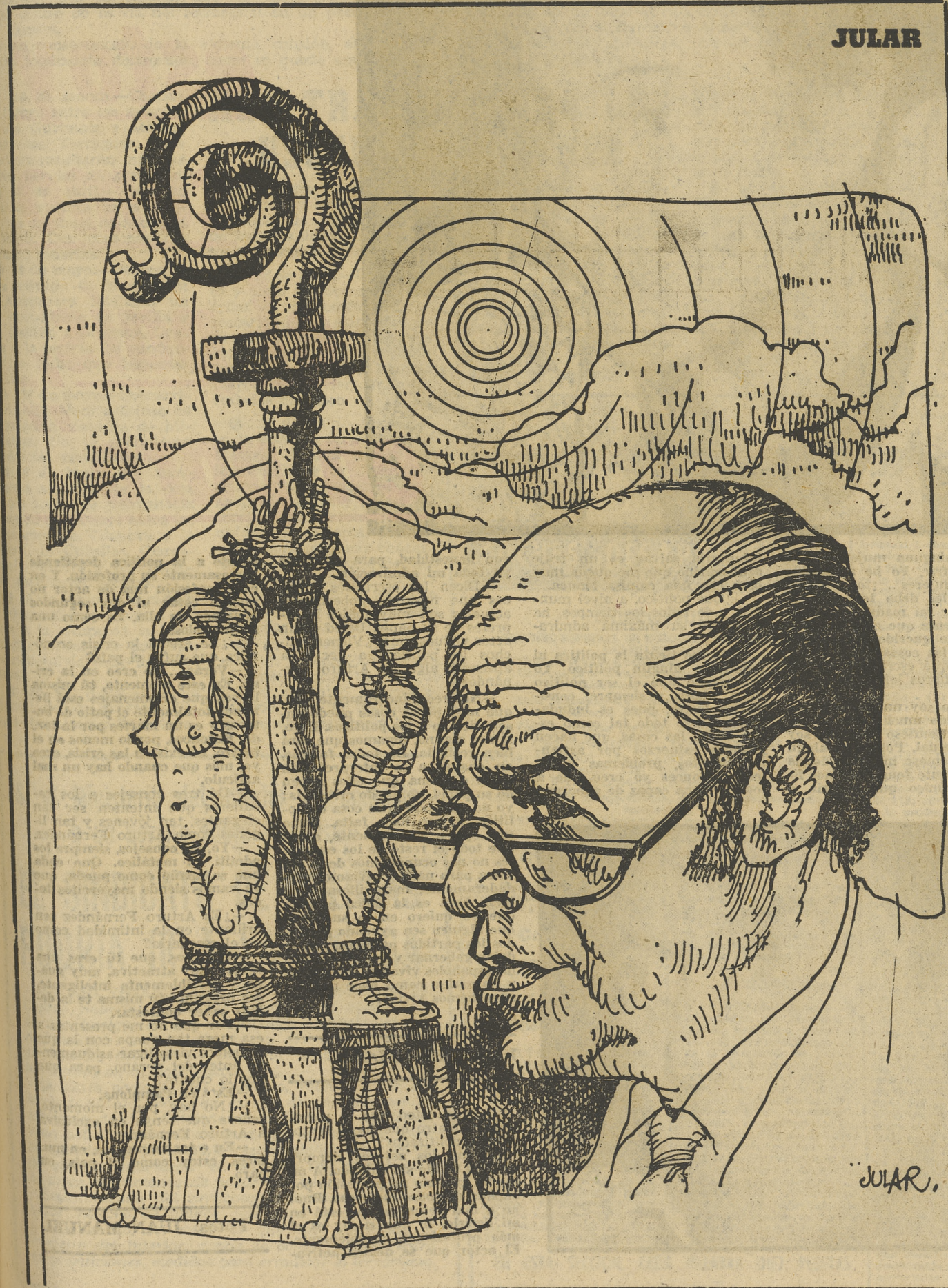
TRAS LA BUSQUEDA DEL PRIMER MITO

La historia legendaria de Irlanda —de donde parecen provenir todos estos mitos— narra las peripecias de las razas que sucesivamente la ocuparon y dominaron, y que quizá provinieran de un misterioso centro nordicoatlántico (el Avalón), al cual a veces vuelven.

Esta isla de Avalón, que dio origen a todo, fue en principio una isla de mujeres que atraían a los guerreros famosos para hacerles inmortales, ya que ellas tenían el secreto, tantas veces perseguido y buscado, de la inmortalidad. Los Thuata, una tribu legendaria, consiguieron sacar de allí una serie de objetos mágicos, entre ellos una lanza (del dios del rayo), una espada invencible y una piedra; esa piedra era, una especie de oráculo que permitía saber quién podía alcanzar la realeza. Todos estos objetos aparecieron también en el panteón germano y también en el mito de Arturo.

La Iglesia cristiana se apropió de este mito céltico, lo cristianizó y sus historiadores hicieron que Camelot se convirtiera en Glastonbury, el punto más importante de la difusión del cristianismo en Inglaterra; se hizo correr la voz también de que el sepulcro de Arturo se encontraba precisamente allí. Hace unos años, sin embargo, unas excavaciones permitieron descubrir la base real de la leyenda; en Cadebury Catle, en Somerset, se encontró un asentamiento neolítico del 3.000 a. d. C., superpuesto otro de la Edad del Hierro, y encima lo que se cree pueden ser los restos de la impenetrable que rodeaba al castillo del famoso caudillo britano.

JULAR



LIGANDO CON ARTURO FERNANDEZ



BATA en seda natural, blanca y negra, de andar por la farsa; ojos jóvenes y brillantes; alto, magnífico y señorito galán, que no madura carroza; cariñosamente asturiano, vital y flamante como el protagonista de su «Homenaje». Arturo Fernández, entre acto y acto de su función, nos ha regalado una escena en exclusiva para este periódico. Sentados, muy próximos, en el simulado saloncito de su piso americano (nos gustaría poder chinchar a alguna admiradora incipiente. La escena del sofá con este profesional don Juan llenaría de celos a muchas de mis contemporáneas). Habla con los ojos, con las manos, con su buen perfil, que es el derecho, con sus zapatos relucientes, con su conocida sinceridad para estas cosas. Ha gozado tantos éxitos en nuestra amistad, que hoy le toca pagar contra reloj aquellos lujos. En su camerino del teatro de la Comedia, más de diez camisas, y otros tantos trajes, esperan el final de este encuentro para ser lucidos por un tal Robert, un caballero que intenta, por todos los medios, parecerse a Arturo Fernández.

—¿Ha hecho usted algún pacto con el diablo para estar cada día más joven?

—No. Bueno... en principio tengo que decirte que todavía soy lo suficientemente joven para conservarme. Entre otras cosas, creo que la única receta que existe es hacer lo que te dé la gana y no hacer deporte.

—Usted ha conseguido, hace muchas funciones, que el público venga al teatro a ver a Arturo Fernández y no al protagonista de cada historia. ¿Eso es bueno malo para un cómico?

—¡Hombre! Yo creo que no es así, tal como dices. Y creo que no es así porque, de venir a ver a Arturo Fernández, para mí sería más rentable sentarme en una silla en el escenario y leer la guía telefónica. Pero, lógicamente, no es así. Digamos que las gentes que vienen a verme vienen con una garantía ya de años. Unos buenos decorados, unas comedias verdaderamente divertidísimas, donde el espectador no se siente, mujer u hombre, ni acomplejado ni abochornado por una serie de palabras soeces, escenas verdaderamente vergonzosas... No. Todo es limpio, todo es agradable, todo es divertido. No me refiero ya a esta comedia, que creo sinceramente que «Homenaje» es la mejor comedia que ha caído en mis manos, después de «¿Quién soy yo?».

—En los últimos años usted fue una debilidad como actor para el marqués de Luca de Tena. Hizo todas sus obras. ¿Tiene usted alguna debilidad también por las aristócratas?

—¡M, m, m! Si las aristócratas son mujeres, yo tengo debilidad por todas las mujeres habidas y por haber, incluso por las que están todavía sin descubrir, que creo que están en el Amazonas. Cuando tenga un mes de descanso iré a ver si las descubro. Eso sí, a grito de Tarzán. En lo que me decía de Juan Ignacio Luca de Tena, también él era correspondido por mí, porque creo sinceramente que en Madrid el único amigo auténtico que yo he tenido ha sido Juan Ignacio.

Aunque pudiera parecer una exageración, soy testigo, y lo certifico, al decir estas últimas palabras los ojos de Arturo Fernández estaban húmedos y brillantes por el recuerdo.

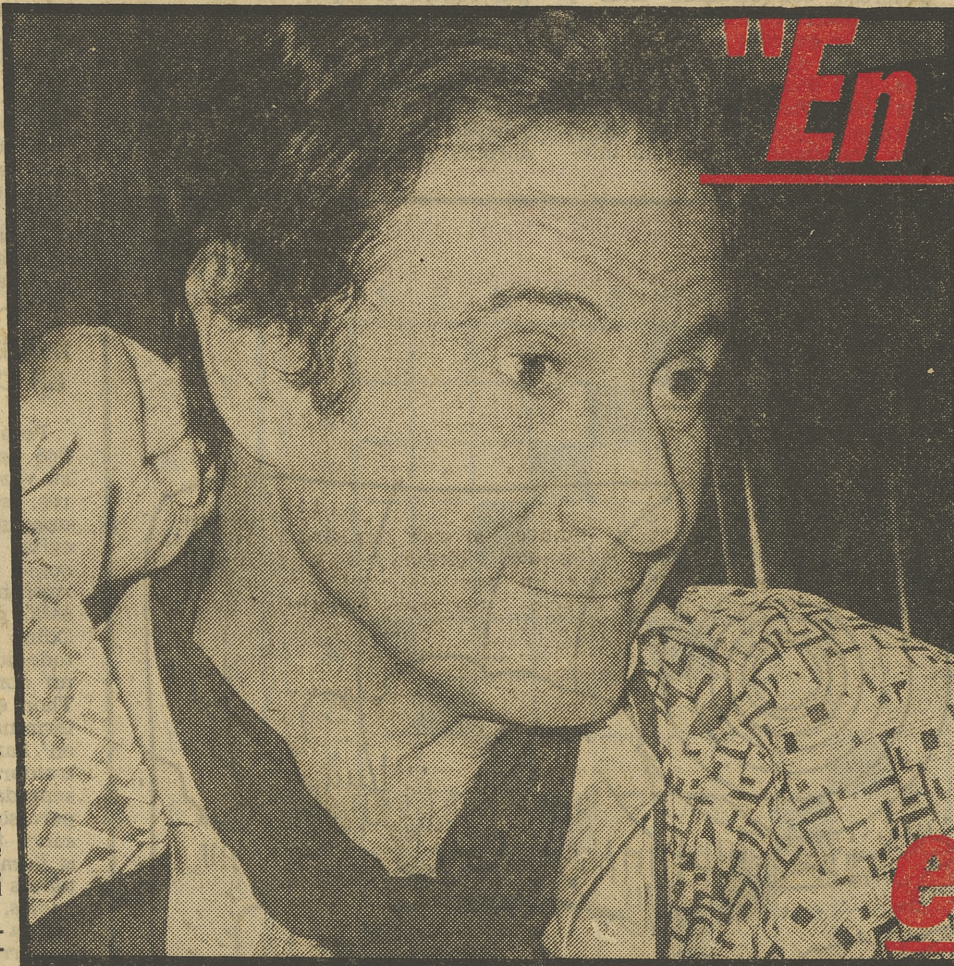
—Usted es bastante discreto en el amor, pero se sabe que hace unos años alternaba, al mismo tiempo, con una conocida aristócrata, con una burguesa bellísima y con una actriz despampanante. ¿Cuál de ellas tenía más talento para la intimidad?

—Yo creo que era mi gran energía quien tenía talento —y suelta una espléndida carcajada—. Porque con tres mujeres a la vez, posiblemente, yo no lo recuerdo bien, pero tú parece que sí, entonces yo era un superdotado. Ahora sólo tengo tres amigas que me saludan de vez en cuando o tomamos café; ¡Pero bendita sea aquella época!

MUJERES Y SUFRIMIENTOS

—¿Recuerda el nombre de alguna mujer que le haya hecho sufrir?

—Bueno, yo creo sinceramen-



**"En mujeres
esto y
como
el país,
en paro"**

te que ninguna mujer me ha hecho sufrir. Yo he aprendido de las mujeres... ¡todo! A las mujeres les debo todo. Empezando por mi madre, que creo sinceramente que es a la única que yo he querido por encima de todas las cosas.

—¿De qué escritor tiene usted más libros leídos en su biblioteca?

—Yo no soy un hombre que haya tenido mucho tiempo para leer. Confieso que no soy un intelectual. Porque si algún día se quemase mi casa, donde efectivamente tengo algunos libros, lo único que cogería o

intentaría salvar es un traje azul marino que me queda muy bien con una camisa blanca.

—¿Qué político, a nivel mundial y de todos los tiempos, ha merecido su máxima admiración?

—No me tienta la política ni admiro a ningún político. Yo comprendo que el ser político lleva, ahora y siempre, consigo un lastre, pues es indudable, y sobre todo tal como están ahora las cosas, que hacen grandes esfuerzos por aguantar insultos, problemas y jaleos. Entonces yo creo que a toda persona capaz de gobernar

con honestidad, para mí tiene ya toda mi admiración.

—Dicen los escritores políticos que nuestros gobernantes actuales son muy malos intérpretes de su papel. Usted es un actor virtuosísimo. ¿Vienen muchos los políticos a ver y a aprender algo de Arturo Fernández?

—No creo. Sinceramente, por que muy pocas cosas puedo enseñarles yo a los políticos. Pero, si cae alguno, digamos que será bien recibido. De todas formas, en cuanto a la interpretación mala o buena que ellos hacen de su papel, no puedo criticarla; yo no entiendo gran cosa de política, ni me hace falta. Hubo una época, sinceramente, en la que todo el resto de los españoles no nos ocupábamos de la política para nada y vivíamos verdaderamente, maravillosamente bien. Esta es la única política que yo quiero en lo sucesivo: que alguien sea ayudado por todos los partidos políticos, que le dejen gobernar y que el resto de los españoles vivamos tranquilos y normales, como hace muchos años hemos vivido.

mente a la política desatiende forzosamente su profesión. Y en esta profesión mía de actor no puedes estar ni dos segundos apartado de ella. Es como una mujer celosa.

—¿Le afecta la crisis económica que sufre el país?

—Verás... no creo en la crisis. En este momento, tú misma lo ves, que «Homenaje» está llenando totalmente el patio de butacas y es un martes por la tarde. Entonces, por lo menos en el teatro, no existen las crisis, creo yo, más que cuando hay un mal artículo.

—Dé tres consejos a los caballeros que intenten ser tan elegantes, tan jóvenes y tan ligeros como Arturo Fernández.

—Yo, los consejos, siempre los admití en metálico. Que cada uno se apañe como pueda, que ya vamos siendo mayorcitos todos.

—¿Es Arturo Fernández tan brillante en la intimidad como en el escenario?

—Digamos, que tú eres una mujer muy atractiva, muy guapa y terriblemente inteligente, esa pregunta tú misma te la debías saber contestar.

—Por qué no me presentas a esa moza tan guapa con la que te hemos visto ligar asiduamente antes del verano, para que nos lo cuente?

—Es en Pamplona.

—¿No hay, por el momento, señora que tenga en exclusiva a Arturo Fernández?

—En estos momentos, en mujeres, estoy como el país, en paro.

LA MUJER CELOSA

—¿Cree usted que le perjudica al teatro que haya tantos actores politizados?

—A mí los actores siempre me han traído sin cuidado. A mí me ha gustado mi profesión por encima de todas las cosas. Bueno o mal actor, eso no está en mí decirlo, lo que sí soy es el más profesional, posiblemente. El actor que se dedica activa-

Fotos: JUAN MANUEL